

LA FAMILIA Y LA SOCIEDAD

La familia necesita de la mujer en cualquiera de sus múltiples facetas como apoyo y centro, eje sobre el que gira toda la actividad y el descanso de una serie de personas. La mujer debe ser el equilibrio entre el exterior y la intimidad de una comunidad. Y no puede la familia elegir a otro miembro cualquiera de la comunidad para el desempeño de esa misión fundamental porque ha sido la propia naturaleza la que se ha encargado de dotar especialmente a la mujer. Y la propia civilización. La hoy tan denostada civilización cristiana y occidental, a través de sus dos mil años de funcionamiento, ha confirmado esa necesidad.

Pero no es de ahora el invento del ataque, solapado unas veces y descarado otras, a la familia; el de nuestros días consiste en intentar derribar el pilar que se ha mantenido siempre erguido, desafiante, sostenido por esa propia civilización cristiana: la mujer como centro de la familia. La mujer esposa, la mujer madre, la mujer defensora en privado de la salud y el bienestar de los suyos.

Se la adula, se simula su defensa, su superación, su «realización como persona». Para lo cual se la extrae de su centro vital y ante el asombro de la propia mujer, se la supone impotente para realizar dos funciones sumil-táneas: *mujer*: centro de la familia y *persona*: ser humano.

Cualquier día, ante el asombro del hombre se podría juzgar incompatible su doble función de varón y persona.

Pero es cierto que la civilización occidental, en su lógica degradación, cuando pierde de vista sus esencias espirituales cristianas y se queda, estrictamente, empequeñecida como «occidental», ha relegado a la mujer durante muchos años al papel degradante de servidora del hombre, llámese éste padre, marido o hijo, desposeyéndolas del magnífico, responsable, tremendo, «centro espiritual» y «apoyo material» de la base fundamental de toda la sociedad: la familia. A la mujer se la negó el acceso a la cultura, y por consiguiente a las responsabilidades públicas —porque, realmente, como conjunto, no estaba preparada—, bajo pretexto de que su centro era solamente la vida familiar.

Nosotras queremos superar esto. Porque el ser centro de la vida familiar presupone dominar por el amor y los conocimientos esa propia vida familiar. El compartir con el marido la autoridad familiar comporta similar responsabilidad y esa responsabilidad y autoridad sobre los hijos y el orden familiar no se pueden presupuestar sin una cultura apropiada a la del resto de la familia, ya sean marido o hijos. Y como esa lógica ambición femenina, hoy, en equipo, es perfectamente superable, nos empuja a esta asociación nuestra: la de Amas de Casa, título del que nos consideramos legítimamente orgullosas, potenciándolo al máximo en toda su magnífica

dimensión: conservadoras de los bienes heredados, la artesanía local, bailes y tradiciones culturales, y preparadoras conscientes de lo que sucesivas generaciones van a heredar; salud, sentido de la propia dignidad y superadoras de un nivel cultural imprescindible, cooperadoras del marido en el sostenimiento económico de la familia y equilibrio, en el consejo moral y cívico, de unos hijos que se lanzan a la aventura de un futuro incierto.

Desde esta tribuna que, hoy, la consciencia de unos hombres responsables de la importancia que tiene el acervo de tradiciones de la vida regional, nos proporciona, queremos nosotras, con toda la potencia que nos da la unidad de número y de criterio, ofrecer al pueblo, a través de esta revista y de cualquier forma posible, nuestra colaboración, ya que la doble vertiente, pública y privada, de la mujer, tiene un expresivo exponente en la Asociación de Amas de Casa.

María Teresa Zdraque